

FAMILISMO Y CREENCIAS POLITICAS

Adela Garzón

Universidad de Valencia

RESUMEN

El familismo es un concepto analítico desarrollado recientemente para interpretar el cambio de las actitudes sociales hacia los valores familiares. Este trabajo describe la repercusión del familismo en la visión postmoderna de la organización social. Las relaciones entre familismo y creencias políticas se analizan empíricamente en un grupo de 550 estudiantes, mediante el *consumismo cultural y personal* y las *formas democráticas de vida*. Aunque los resultados sugieren una relación negativa entre familismo y creencias postmodernas, también señalan la adaptación de la familia a los cambios políticos postindustriales. Las campañas a favor de los valores familiares y algunas investigaciones académicas, utilizan la retórica moral para frenar la vida familiar postmoderna.

ABSTRACT

Familism has recently been used as an analytic concept to interpret the change of social attitudes toward family values. This work describes the impact of familism in the postmodern vision of social organization. The relations between familism and political beliefs are analyzed empirically in a group of 550 students, utilizing the concepts of cultural and personal consumerism and democratic life styles. Although the results suggest a negative relation between familism and postmodern beliefs, they also signal the adaptation of the family to postindustrial political changes. The campaigns for family values and some academic investigations resort to the rhetoric of moral discourse to forestall postmodern family life.

Un punto de partida

El trabajo que se presenta es un estudio empírico de carácter psicométrico, centrado en analizar la influencia del familismo en la concepción de la organización social y política de las sociedades. Empezaremos por presentar una definición básica del término *familismo* y un marco teórico des-

de el que poder interpretarlo, así como valorar su implicación en el sistema de creencias políticas de los individuos.

El familismo, en un sentido genérico, se refiere a la creencia cada vez más extendida en la importancia de la familia y, por tanto, la necesidad de desarrollar programas de apoyo y defensa de la institución familiar (Popenoe, 1988; 1994). En su análisis *The family condition of America* (1994) señala que los cambios familiares en la sociedad americana son un aspecto de cambios culturales más amplios, entre los que destaca el creciente individualismo y el debilitamiento del asociacionismo comunitario que caracterizó a la sociedad americana.

Los programas de apoyo a la familia aparecen así como una especie de terapia social ante el creciente individualismo de las sociedades occidentales desarrolladas. En ese sentido, Popenoe defiende la necesidad de reforzar los intereses del grupo familiar, subordinando las necesidades de sus miembros individuales al bienestar y desarrollo del grupo familiar. Pero todo ello como estrategia para alimentar las actitudes de solidaridad comunitaria, que contrarresten la tendencia atomista de las sociedades occidentales más desarrolladas. Popenoe cree que el mejor antídoto para el individualismo radical creciente son las "comunidades naturales", comunidades basadas en la libre asociación, en los grupos primarios y en las asociaciones voluntarias, en las familias y las relaciones vecinales locales (pág. 92, 1994).

Gundelach y Riis (1994) señalan, por el contrario, que el nuevo familismo que revelan los sondeos y eurobarómetros, supone más bien una tendencia creciente a subordinar el grupo familiar a las necesidades individuales de autorealización y expresión. Es decir, la vuelta actual a la familia y la creciente importancia que se le concede no significa el renacer de los viejos valores familiares. La revitalización de la familia nuclear no supone el restablecimiento de valores comunitarios y, de hecho, algunos datos avalan las tesis de una reinterpretación individualista de la familia, tales como los presentados por Gundelach y Riis en su trabajo *¿El retorno al familismo?*.

El familismo, en un sentido más restrictivo, alude a la actitud de confianza y compromiso moral exclusivamente con los del grupo familiar. Definición derivada, en el fondo, del concepto de familismo amoral –una pauta de comportamiento encontrada en países tradicionales, con una economía poco desarrollada y con una experiencia histórica de dominación (Banfield, 1958). En este sentido, familismo sería el polo opuesto del concepto de confianza interpersonal, desarrollado en el marco de investigación de la *cultura cívica*.

En cualquier caso, ambas definiciones aluden a la revitalización de los lazos familiares, después de la crítica y rechazo a la que fue que sometida por la generación de los sesenta. Autores como Popenoe ven en esta revitalización una pequeña esperanza, resultado del pequeño cambio cultural alimentado por la respuesta de dos generaciones a sus respectivas experiencias familiares: los *baby boomers* y los supervivientes (los hijos de la revolución del divorcio). Dos generaciones que, por razones distintas, valoran y creen que la familia es un aspecto central y básico en la vida de las personas y, por tanto, que la apoyan y defienden.

Familismo y el Nuevo Orden Social

Sin embargo, para ver su verdadero significado es necesario superar el nivel meramente empírico y descriptivo de las definiciones dadas y situarlo en un marco teórico más amplio; debemos situarlo en el contexto de la Cultura Política de postguerra y, sobre todo, en el desarrollo de una sociedad marcada, al menos en sus generaciones más jóvenes, por los valores post-materialistas.

Si buscamos sus antecedentes más lejanos, en realidad tendríamos que remontarnos al siglo XIX, cuando se pone en marcha el Nuevo Orden Social derivado de la revolución francesa. El proyecto de la revolución francesa fue romper con la antigua forma de organización social (jerárquica y vertical) y construir un nuevo tipo de sociedades menos verticales: sociedades democráticas y, además, racionales. En ese proyecto, la vida y espacio doméstico quedó apartado y mantuvo interiormente el viejo orden, es decir, cerrado, jerárquico y anclado en la tradición.

La necesidad de apertura de las sociedades racionales

A lo largo del siglo se avanza en el desarrollo de ese Nuevo Orden Social. A principios del siglo XX esas sociedades racionales y democráticas llegan al límite de sus posibilidades. El proceso de creciente industrialización y su impacto en las relaciones sociales –tanto dentro del grupo básico como de los grupos secundarios–, la necesidad de una mayor apertura para mantener el crecimiento económico, y las sucesivas crisis ideológicas proporcionan no sólo una inestabilidad del orden democrático, sino también al orden social, despertándose la conciencia de que es necesario avanzar y construir ahora sociedades que, además de democráticas y racionales, sean abiertas y flexibles. En este contexto, desde los años treinta se desarrollan programas y líneas de investigación y acción encaminadas a fomentar una mayor apertura de estas sociedades. Era inevitable darse cuenta que este

nuevo paso requería modificar la vieja estructura familiar, todavía regida por el antiguo orden.

Crece paulatinamente una crítica sistemática a la estructura familiar, ese espacio doméstico inmune a la revolución social de finales del XVIII, al tiempo que prolifera la literatura psicológica que trata de analizar el impacto que la institución familiar tiene en la estructura emocional y actitudinal de las personas, describiendo los conflictos e inadaptaciones que la vieja estructura familiar provoca en sus miembros, incapacitándolos para desarrollar en su vida adulta las actitudes sociales básicas y necesarias para unas sociedades cada vez más horizontales, relacionadas y abiertas.

La escuela de Chicago, con la figura de Burgess (1926) intenta romper con la concepción romántica de familia. Formula una definición psicológica más acorde con el proceso de urbanización e industrialización que está experimentando la sociedad norteamericana: la familia es un núcleo básico en el que interactúan *individualidades*. Lo cual no es otra cosa que iniciar, desde la academia, el proceso social de individualización, pero ahora en el contexto de la vida doméstica y privada.

Los análisis neofreudianos (Erikson, Sullivan, Horney) sobre las dificultades de la vida social y de relación, el trabajo de la antropología cultural (fundamentalmente el desarrollado por Malinosky y por Linton) y la propia izquierda psicoanalítica, con Fromm (1939) y Reich (1931), pero también con el trabajo de Adorno de los años cincuenta (Adorno et al., 1950), ponen de manifiesto el impacto que la vieja estructura familiar tiene no sólo en la estructura emocional y cognitiva de las personas, sino también su repercusión para los hábitos y sentimientos hacia la vida pública.

Kurt Lewin (1947), desde una vertiente más pragmática y acorde con la sensibilidad norteamericana, pone en marcha un programa social, llamado Dinámica de Grupos, y dirigido a fomentar actitudes abiertas y democráticas en una sociedad, cuyos individuos están marcados por los conflictos emocionales y de personalidad, derivados de su socialización en grupos básicos cerrados, como el caso de la familia. La dinámica de grupos es la tecnología que facilita el establecimiento de relaciones horizontales, de actitudes igualitarias y de compromiso comunitario, frente a la visión jerárquica, sumisa y de distanciamiento público que genera la familia tradicional.

La estabilidad democrática de la postguerra

Un segundo referente más cercano a nuestra época se sitúa en la postguerra. Nos referimos a la investigación de la Cultura Cívica, desarrollado por Almond y Verba. Las primeras décadas del siglo XX y los aconteci-

mientos de la II Guerra Mundial aumentan la preocupación por la estabilidad de las sociedades abiertas y democráticas. Es una época en la que proliferan las investigaciones sobre las condiciones que garantizan dicha estabilidad. Desde los 30 se estudian las actitudes de los ciudadanos hacia sus sistemas de gobierno. Los análisis de la estructura de las actitudes sociales lleva a los científicos sociales a describir dimensiones bipolares que, aunque con nombres y contenidos diferentes, se pueden resumir en relaciones abiertas-cerradas. Ya había comenzado Thrustone (1934) con su análisis estructural de las actitudes en dos dimensiones independientes: internacionalismo/nacionalismo y radicalismo/conservadurismo. En psicología social se desarrollan los conceptos de endogrupo y exogrupo, de humanitarismo frente a normatividad (Thomkins, 1963; Stone y Garzón, 1992; Seoane y Garzón, 1992), de mentalidad dura frente a mentalidad blanda (Eysenck, 1954). Riesman (1950), en su análisis de la sociedad moderna norteamericana, describe desde distintos planos las sociedades e individuos dirigidos por la tradición, los orientados internamente y los orientados externamente, por los otros.

Almond y Verba (1963, 1980) tratan de encontrar la mejor cultura política, es decir, aquella que favorezca la estabilidad democrática. Llegan a la conclusión, por medio de una extensa investigación empírica de sociedades e individuos, que la mejor cultura política es la cultura cívica. Aquella cultura política que combina adecuadamente elementos de la cultura parroquial, de la tradicional o de súbditos y de la democrática o de participación racional. La cultura cívica se fundamenta, al menos, en tres conjuntos de actitudes básicas: la confianza interpersonal, la satisfacción ante la vida y el rechazo a cambios sociales radicales.

Las investigaciones de Almond y Verba sobre la confianza interpersonal llevaron a relacionar esta actitud con el desarrollo económico y la estabilidad democrática. La confianza interpersonal facilita la formación de grupos secundarios que son básicos para el desarrollo democrático. Pero el crecimiento y estabilidad económica no son suficientes para que se desarrolle la confianza interpersonal. Las relaciones de ésta con la economía y la cultura política están matizada por factores culturales. Los estudios de distintas sociedades revelan la importancia de los elementos culturales en la formación de una actitud de confianza y de compromiso interpersonal (Inglehart, 1991, 1998).

Banfield, en 1958, señalaba que la sociedad italiana se caracterizaba por su baja confianza interpersonal, que era especialmente llamativa en el sur de Italia, llegando a caracterizarla de *familismo amoral*, es decir, ausencia de obligaciones morales con cualquiera que no pertenezca al grupo fa-

miliar. En su análisis atribuyó este fenómeno a la pobreza económica y a la dominación extranjera, aunque otros autores, como Pizzorno (1966), señalaban que el factor determinante de esta falta de confianza y de cooperación interpersonal era la estructura social italiana. Otras investigaciones realizadas entre 1968 y 1980 encontraron también esta falta de confianza interpersonal entre la población española. En su interpretación llegaron a relacionar la desconfianza con las sociedades tradicionales en general (López-Pintor y otros, 1982). Verba en su comentario personal a la segunda edición *The civic culture revisited*, señala expresamente la importancia de la democratización del sistema autoritario de la familia, entre otros factores, para el desarrollo de las actitudes sociales y políticas que fundamentan la cultura cívica (pág. 399, Verba, 1980).

En resumen, el concepto de familismo amoral como una actitud de confianza, lealtad y compromiso moral exclusivamente con aquellos que pertenecen al grupo familiar es, por tanto, la versión opuesta de la confianza interpersonal –una actitud marcada por la preferencia de relaciones y actividades sociales que trascienden al grupo básico de relación. En este sentido, el familismo se mueve en dirección contraria a las necesidades macro-sociales de apertura global y de establecimiento de relaciones sociales generalizadas, sin los límites de ningún tipo de frontera, ni política, ni económica, ni psicológica, en cuanto que desarrolla actitudes de lealtad y confianza solamente con aquellos que pertenecen al propio grupo familiar.

Familismo y nuevos valores postmaterialistas

El tercer referente del familismo son los análisis y diagnósticos de las sociedades futuras. En este sentido cabe mencionar el trabajo e investigación desarrollado por Inglehart (1977, 1990).

Desde este último referente, el familismo es el concepto acuñado para señalar una hipótesis no cumplida de la modernidad. El familismo expresa una tendencia empírica contraria a la hipótesis de la modernización que esperaba la disolución o pérdida de importancia de la familia. El desarrollo en los años setenta de nuevas formas de matrimonio fuera del marco civil y religioso, el incremento de las tasas de divorcio y el descenso creciente de la natalidad (datos que entroncan con la nueva cultura política, favorecida desde los movimientos sociales), llevó a pensar que la postmodernización suponía la exageración del proceso de individualización moderno y, por tanto, la desaparición de la familia (Cooper, 1971; Flaquer, 1998). La vieja estructura familiar parecía disolverse: el principio de autoridad paterna, la moralidad familiar estricta, las obligaciones con los miembros familiares, la

división sexual del trabajo doméstico, etc. eran sustituidos por el principio de igualdad y la relajación de los valores morales y la apertura de la familia al exterior.

La mayoría de los científicos sociales vieron estas nuevas formas familiares como resultado del proceso de modernización: bajo éste la familia tradicional y extensa fue poco a poco sustituida por la familia nuclear y reducida. Ahora, en la actualidad, la familia nuclear parece disolverse en nuevas formas familiares, marcadas por las necesidades individuales de autoexpresión y desarrollo personal. Desde las hipótesis de la modernización se planteaba pues la desaparición paulatina de la familia nuclear.

Sin embargo, ya en la década de los ochenta y sobre todo en los noventa, se observa una tendencia contraria a esa hipótesis: los eurobarómetros y las últimas encuestas revelan una vuelta a la familia. El término de familismo hace alusión a esta tendencia contraria a lo esperado. Alude al renacer de la familia y de los sentimientos de lealtad y confianza en el grupo familiar (Gundelach y Riis, 1994). Esta trayectoria imprevista de la modernidad hace que sea necesario analizar la repercusión social del renacer de la confianza y lealtad exclusiva con el grupo básico.

La investigación reciente en las *ciencias de la familia* revela el debate existente en torno a la crisis de la institución familiar, la confrontación emocional y cargada de ideología, sea política o religiosa, conservadora o progresista, sobre los nuevos fundamentos de las relaciones familiares y la conveniencia de volver a creer en la familia, precisamente en una época caracterizada por la apertura, las relaciones sin límites, y la desaparición de fronteras, sean políticas, sociales o psicológicas. Ejemplos representativos de la preocupación y debate sobre la institución familiar y sus implicaciones en la organización social son los textos, entre otros, de Beeghley *What does your wife do? Gender and the transformation of Family Life* de 1966, de Stacey *In the Name of the Family: Rethinking Family Values in a Post-modern Age* y de Stanton *Why Marriage matters. Reasons to believe in marriage in postmodern society*, ambos de 1997, así como el libro de Staggenborg *Gender, Family and Social Movements* de 1998.

El trabajo empírico que describimos en los siguientes apartados, como ya comentamos, pretende analizar las repercusiones que una fuerte o débil orientación familiar puede tener en la configuración del sistema de creencias de las personas. Ahora bien, frente a la tendencia habitual de analizar las actitudes familiares a partir de sondeos, en los que se les pregunta a las personas directamente por su valoración de la familia, sus obligaciones con los miembros de la familia, la importancia de los hijos, etc., nos ha parecido

más conveniente utilizar escalas psicológicas, es decir, técnicas psicométricas que profundicen más en las creencias y actitudes de los sujetos.

Situamos nuestra investigación sobre el familismo en el contexto del sistema de creencias postmodernas, intentado ver si este supuesto renacer de la familia es un obstáculo para las necesidades macrosociales de apertura y confianza generalizada entre las personas y, por tanto, entorpece lo que en definitiva empezó, al menos, en los años de postguerra: la individualización radical que pasa por la superación de los lazos familiares tradicionales.

Familismo, postmodernidad y creencias políticas

El enfoque de este trabajo se sitúa en el contexto de la correspondencia entre las sociedades de final de siglo y el sistema de creencias desarrollado por sus miembros. Intentamos ver la repercusión del nuevo familismo en otros aspectos del conjunto de creencias, actitudes y valores que configuran nuestra visión del mundo; en concreto, analizamos empíricamente el impacto del familismo en las creencias políticas de los miembros del grupo familiar.

Nuestra medida empírica del familismo no es, sin embargo, dicotómica, sino que lo tratamos como dimensión continua en la que existe distintos niveles de lealtad y confianza con el propio grupo. En este sentido, podemos ver si existe una fuerte asociación entre la familia extensa y altos niveles de familismo, así como una baja o nula asociación entre los estilos postmodernos de pensamiento y el familismo. El punto intermedio, por decirlo de algún modo, estaría representado por la familia nuclear de los años cincuenta y sesenta en las que teóricamente cabe plantear un nivel medio de familismo.

En nuestra investigación empírica necesitábamos, por tanto, dos tipos de conceptos, empíricamente operativos. Uno que nos permitiera medir el familismo y otro que nos informara de las posiciones de la muestra en cuanto su aceptación de la concepción postmoderna de la organización social, es decir, la dimensión política de cualquier sistema de creencias. Hablaremos de ambos conceptos teóricos, y describiremos después los elementos que nos permiten medirlos de forma empírica.

Consumismo cultural y personal como indicador del familismo

El consumismo cultural y personal es un concepto empírico y teórico. Se sitúa en el contexto psicológico del análisis postmoderno de la cultura contemporánea. Es un elemento del conjunto actitudinal más amplio – *relaciones sociales egocéntricas*– que, en combinación con otras dos agrupaciones actitudinales, describe un modelo de análisis del sistema de creen-

cias postmodernas (para un análisis detallado del modelo, ver Garzón y Seoane, 1991; Seoane y Garzón, 1996a).

El *consumismo cultural y personal* recoge una de las características que los teóricos de la postmodernidad atribuyen a los tiempos actuales. Nos referimos el término inglés de *Consumer Culture*. Al margen de sus múltiples interpretaciones y ramificaciones, resalta el carácter expansivo, hedonista y abierto de la concepción postmoderna del mundo. Una cultura guiada por el consumo frente a la producción, por la diversión y el ocio frente al trabajo y el esfuerzo, por la comunicación y el contacto social generalizado frente a los encuentros limitados por la identidad de grupo, por la mezcla en todas las esferas de la vida frente a las discontinuidades del mundo moderno. (Featherstone, 1991).

Estas actitudes cargadas de hedonismo, expresividad y continuidad en la distribución del espacio social reflejan una actitud positiva ante la vida, pero sobre todo una concepción abierta de la sociedad. En consecuencia presenta elementos comunes con el concepto de confianza interpersonal, que hemos comentado anteriormente. El consumismo, expresado sobre todo en el cuidado del cuerpo, en el ocio y en el consumo de cultura, sólo es viable en el marco de las relaciones sociales abiertas, donde las personas se relacionan y conectan sin el marco de sus identidades de grupo, superando las viejas lealtades, sean políticas, sociales o familiares; es decir, relacionándose como individuos aislados e independientes, pero iguales. En definitiva, resume esta actitud expansiva generalizada cargada de gratificación inmediata, hedonismo, consumismo, autoexpresión e individualismo, comunicación y relaciones. Una actitud positiva hacia la vida, extravertida y abierta, que rechaza las fuentes tradicionales de conocimiento e identidad, y que es especialmente sensible a todo lo externo.

En este sentido, existen unas relaciones evidentes entre el concepto de confianza interpersonal, por un lado, y consumismo cultural y personal, por otro. Aunque ambos conceptos provienen de distintas áreas científicas (uno de la sociología y el otro de la psicología), los dos son instrumentos útiles, que surgen inicialmente desde lo empírico y más tarde son reinterpretados conceptualmente, para entender algunos de los fenómenos que caracterizan la vida social de las últimas décadas.

Mientras que el término de confianza interpersonal tiene su punto de arranque en el análisis de la cultura cívica (Almond y Verba, 1963), el de consumismo cultural y personal parte del análisis del conjunto de creencias y valores que configuran la visión postmoderna del mundo (Garzón y Seoane, 1991; Seoane y Garzón, 1996a). Sin embargo, ambos concuerdan en plantear la ruptura con la discontinuidad de las prácticas y relaciones

sociales que caracterizaban el mundo y la vida tradicional y también moderna, y es este aspecto el que los relaciona con el concepto de familismo. Ambos describen el desarrollo de nuevos hábitos sociales, marcados por la confianza generalizada hacia los otros, al margen de su procedencia. En definitiva, tanto la confianza interpersonal como el consumismo cultural y personal nos permiten medir el polo opuesto del familismo.

Creencias políticas en la postmodernidad: formas democráticas de vida

En el trabajo realizado por Seoane y Garzón en 1996a, *El marco de investigación del sistema de creencias postmodernas*, se presenta un modelo de análisis de la estructura y contenido de las creencias postmodernas. Dentro de la estructura que los autores realizan de un sistema de creencias – querer (lo político), pensar (lo cultural) y sentir (lo social)–, asocian el primer elemento con las creencias sobre la forma ideal de organización social, es decir, las creencias políticas en el sentido amplio del término político (Barrios, 1995; D'Adamo y G.Beaudoux, 1995; Stone y Yelland, 1994).

En las últimas décadas de este siglo, la concepción de la organización social se ha ido decantando por lo que en el mencionado trabajo y otros previos (Seoane-Garzón 1996b; Garzón-Seoane, 1991) se denominan *formas democráticas de vida* (FDV), puesto que resume las preferencias de los ciudadanos sobre el estilo de vida social y político. Unas formas y estilo de vida social marcado por la necesidad de un amplio abanico de elecciones vitales (MEMA), de un estilo espontáneo de auto-realización (EEV) y de unas maneras democráticas en la gestión política (FD). Estos componentes actitudinales recogen la concepción abierta, plural y dialogante tanto de las organizaciones sociales como de las relaciones sociales vividas en ellas. Es la dimensión de satisfacción social y, en ese sentido, es muy parecido al concepto de satisfacción vital planteado por Inglehart (1991) (Seoane y Garzón, 1996b).

El conjunto de Máximas Elecciones y Mínima Autoridad (MEMA) hace referencia a la creencia firme en que la sociedad tiene la obligación de ofrecernos muchas opciones distintas para elegir las que más nos satisfacen, sin presiones normativas, ni autoridades morales de ningún tipo.

El conjunto de Estilos Espontáneos de Vida (EEV) es la creencia en que lo natural, lo espontáneo, lo voluntario, es más real y valioso que lo que se consigue con esfuerzo, lo forzado y artificioso; en consecuencia, la realización personal es auténtica y verdadera en la medida en que es espontánea y natural.

El conjunto de Formalismo Democrático (FD) es la actitud favorable hacia las formas democráticas. Formas que son más valoradas que los propios contenidos o logros de un sistema democrático. Es decir, es el énfasis en la legitimación formal, en el juego democrático, el rechazo de la violencia, la competencia pacífica por el poder.

Aunque sabemos que la aceptación de formas democráticas de vida puede estar fundamentada en experiencias sociales distintas y proceso de socialización diferentes (el tipo formalista y el democrático postmoderno, ver Seoane-Garzón 1996b para su descripción), dejaremos de lado este aspecto y analizaremos de forma general el impacto que el familismo tiene en la aceptación de la concepción postmoderna de la organización social.

Diseño empírico del impacto del familismo en las creencias políticas

Describimos bajo este apartado la estructura empírica o diseño de investigación utilizado para establecer las relaciones entre familismo y la concepción sociopolítica de la vida, sus principios de regulación, su marco normativo y sus metas. Para ver sus relaciones hemos utilizado dos conjuntos de medidas: por un lado, el consumismo cultural y personal y, por otro, las formas democráticas de vida.

Por un lado, el consumismo cultural y personal es el concepto empírico utilizado para medir el nivel de familismo que manifiestan los sujetos de la muestra. Las formas democráticas de vida, por otro, miden el grado de acuerdo con la forma postmoderna de entender la vida social y política. A través de los correspondientes análisis estadísticos (análisis de varianza y rangos de Duncan o prueba t, cuando los datos lo exigen), mostramos las relaciones existentes entre ambos conjuntos actitudinales: familismo y creencias políticas.

Antes de presentar los resultados obtenidos, es conveniente describir brevemente las características de la muestra y los distintos niveles de consumismo cultural y personal en los que fue clasificada.

Características de la muestra y niveles de consumismo

El primer paso fue establecer distintos niveles o grados de familismo. El sistema seguido fue clasificar la muestra de sujetos en cuatro niveles de familismo (bajo, medio, alto y muy alto consumismo cultural y personal).

La muestra de esta investigación está formada por universitarios, de primer curso de carrera. Gente joven muy representativa de las últimas generaciones actuales. Otro tema diferente es estudiar, una vez detectadas las repercusiones del familismo en estas generaciones, cómo va penetrando la nueva sensibilidad en la población general.

La muestra utilizada está formada por 550 universitarios de primer curso de carrera, 123 hombres y 427 mujeres, que representan respectivamente el 22,4% y 77,6% del total. Sus edades oscilan entre 17 y 53 años de edad, situándose la media en 22 años con una desviación típica de 6.40.

Perfil de la muestra

hombres	mujeres	Total
123	427	550
22,4%	77,6%	100,0%

La distribución por grupos de edad es la siguiente:

Edades	frecuencia	porcentaje	% acum.
17-19	301	54,7	54,7
20-29	188	34,2	88,9
30-53	61	11,1	100

Los sujetos respondieron en una escala de cinco pasos –siendo "1" igual al completo desacuerdo y "5" al completo acuerdo– al cuestionario CSC, que recoge las dos medidas planteadas en este trabajo: el consumismo cultural y las formas democráticas de vida (ver Garzón-Seoane, 1991 para una descripción completa del cuestionario).

El segundo paso fue analizar la posición de la muestra en la variable de consumismo cultural y personal, y proceder a su clasificación en cuatro niveles diferentes de consumismo: posición baja, media, alta y muy alta. El criterio para clasificar a los sujetos en los cuatro niveles de familismo fue utilizar sus respuestas al conjunto de consumismo cultural y personal, del siguiente modo:

1CCP	Subgrupo de muy alto familismo: está formado por los sujetos que puntuaron entre 1 y 2 en su respuesta al consumismo.
2CCP	Subgrupo de alto familismo: los que puntuaron entre 2 y 3 en su respuesta el consumismo.
3CCP	Subgrupo de medio familismo: aquellos sujetos que puntuaron entre 3 y 4 en su respuesta al consumismo.
4CCP	Subgrupo de bajo familismo: son los que puntuaron entre 4 y 5 en su respuesta al consumismo.

Los sujetos de la muestra no se inclinan claramente hacia el consumismo cultural y personal; les atrae sus aspectos más expansivos, hedonistas y vitales, pero rechazan el individualismo que supone romper con el pasado y el futuro, así como el contacto interpersonal que requiere el consumo de culturas. Se puede decir que no se decantan claramente, aunque se muestran favorables. De hecho la puntuación media en el consumismo cultural y personal es de 2.97 con una desviación típica de .60. La puntuación media se obtuvo a partir de las respuestas a los cinco ítems que forman el consumismo cultural y personal.

Si analizamos este comportamiento en cada uno de los ítems del consumismo y en función del sexo y de los grupos de edad, nos encontramos con los siguientes resultados (medias):

CONSUMISMO CULTURAL Y PERSONAL <i>ITEMS</i>	Sexo		Grupos de edad			Total
	H	M	17-19	20-29	>30	
V1. El deseo y la diversión más que el esfuerzo son la fuente de cualquier aprendizaje	2.97	2.99	3.03	3.03	2.62	2.99
V2. Más que conservar hay que consumir las culturas existentes	2.33	2.34	2.36	2.35	2.23	2.34
V3. Siento luego existo	4.05	4.37	4.28	4.35	4.25	4.30
V4. Cuanto más años se vive más miedo tienen las personas a envejecer	3.13	2.97	3.07	2.89	3.05	3.00
V5. Vivimos para nosotros mismos, sin tradiciones y sin posteridad	2.58	2.15	2.24	2.32	2.05	2.24

Lo primero que destaca es que en todos los grupos de edad, y entre hombres y mujeres, el ítem de mayor aceptación es el V3, y los de menos aceptación el V2 y V5. Se repite así el cuadro de la muestra total, pero existe algún matiz que merece la pena destacar. Por un lado, la tendencia a disminuir la aceptación de los todos los ítems a medida que aumenta la edad, si comparamos los grupos extremos de edad, incluso en el ítem 4. Por razones obvias, podía esperarse que el grupo de mayor edad tuviera la media más alta y, sin embargo, encontramos que es el grupo más joven el que obtiene la media más alta (3.07). Por otro lado, en cuanto a la diferencia entre sexos, destaca la puntuación de 2.15 en la variable cinco entre las

mujeres. Dicha variable se refiere precisamente a la ligazón de las personas con el pasado y el futuro.

En cualquier caso, lo más destacable es el hecho de que la aceptación del consumismo cultural y personal, manifestada por la muestra, descansa principalmente en los ítems relativos a los aspectos más hedonistas y expansivos, aceptando en menor grado aquellos ítems referidos a la concepción de la historia y la cultura. En definitiva, una aceptación media de consumismo por lo que tiene de actitud expansiva y hedonista, pero no por lo que tiene de ahistoricismo y visión atomista de las relaciones y vida social.

Análisis de resultados

Una vez agrupados los sujetos de la muestra en distintos niveles de consumismo cultural y personal, y descrito su nivel de familismo, podemos pasar a analizar sus respectivas formas de entender la organización social. Lo primero a destacar es que la media de la muestra en las formas democráticas de vida fue de 4.15 con una desviación de .35. Hablamos, por tanto, de una muestra que manifiesta una alta aceptación de la visión postmoderna de la organización social. Analizamos sus diferencias para ver en qué aspectos se asemejan y se distancian unos grupos de otros. Como mencionamos, las técnicas estadísticas utilizadas son las habituales en estos casos, es decir, el análisis simple de varianza y la prueba de Rangos de Duncan.

Los análisis de varianza, realizados entre los cuatro grupos de consumismo cultural y personal, en función de los resultados en la dimensión política, se exponen en la siguiente tabla.

Tabla 1. Diferencias de creencias políticas según el nivel de familismo

ANOVA

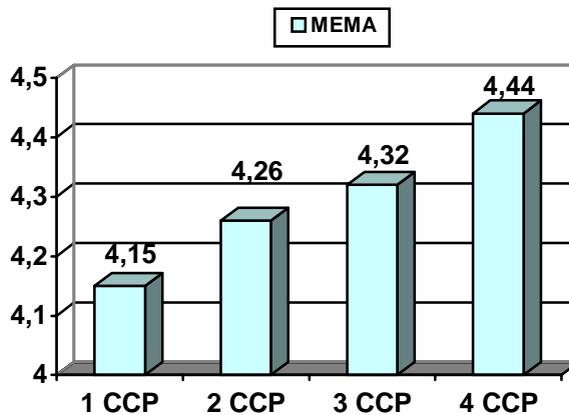
		Suma de cuadrados	gl	Media de cuadrados	F	Sig.
FDV	Inter-grupos	1,432	3	,477	3,820	,010
	Intra-grupos	68,230	546	,125		
	Total	69,662	549			
MEMA	Inter-grupos	1,411	3	,470	2,593	,052
	Intra-grupos	99,071	546	,181		
	Total	100,482	549			
EEV	Inter-grupos	6,111	3	2,037	7,230	,000
	Intra-grupos	153,834	546	,282		
	Total	159,946	549			
FD	Inter-grupos	,110	3	3,683E-02	,137	,938
	Intra-grupos	146,483	546	,268		
	Total	146,594	549			

El primer conjunto de creencias, *máximas elecciones y mínima autoridad* (MEMA) está significativamente influido por la orientación familiar. Las puntuaciones en esta variable difieren significativamente en función del mayor o menor grado de familismo. La razón de varianza (F) es de 2.593 que supone una significación de .05 (ver tabla 1).

Lo primero a señalar es la puntuación alta de todos los grupos en este subconjunto de creencias. Estamos hablando de una escala de cinco pasos, que va del completo desacuerdo ("1") al completo acuerdo ("5"). Es decir, que existe una aceptación general de esta forma de entender la organización social, puesto que nos movemos entre puntuaciones de 4.15 y 4.44. Sin embargo, dentro de esa amplia aceptación, el grupo de mayor familismo (bajo en CCP) y el de menor familismo (alto en CCP) muestran una diferencia significativa en su forma de entender la organización social. Ver gráfico 1.

Gráfico 1

Medias de MEMA , según los 4 niveles de familismo



familismo muy alto, alto, medio y bajo

El estudio del comportamiento diferencial del nivel de familismo en MEMA, medido a través de los grupos de CCP, se realizó con la prueba de Rangos de Duncan. Los resultados nos revelan la existencia de dos grupos diferentes, estadísticamente hablando. Uno está formado por los niveles 1, 2 y 3 de consumismo (muy alto, alto y medio familismo, cuyas medias son de 4.15, 4.26 y 4.32 respectivamente) y un segundo formado por los niveles 2, 3 y 4. Es decir, que las diferencias se muestran cuanto existe una orientación extrema en familismo.

MEMA

Duncan

grupos c4	N	Subconjunto para alpha = .05	
		1	2
1	10	4,15000	
2	236	4,26536	4,26536
3	267	4,32444	4,32444
4	37		4,44257
Sig.		,137	,131

Descritos los resultados, se trata de encontrar sentido a esta tendencia, que podemos resumir diciendo que cuanto mayor es el familismo, menor es la aceptación de una organización social que ofrezca el máximo de elecciones y el mínimo de autoridad.

Dicho de otro modo, las personas dirigidas familiarmente, entienden que la sociedad debe estar orientada por figuras de autoridad a las que poder seguir, que canalicen los deseos y voluntades individuales y que éstas se orienten por las necesidades colectivas. En definitiva, una sociedad que presente modelos a los que imitar y pautas de acción preestablecidas. Dicho en términos psicológicos, parece que la orientación familiar produce una visión jerárquica de la sociedad, en la que se necesita un marco normativo, y unas figuras de autoridad que orienten las pautas de conducta a seguir. Una sociedad, por tanto, poco flexible y sobre todo poco personalizada, en el sentido de que son las directrices colectivas las que se deben anteponer a los individuos.

Este impacto de la orientación familiar sólo se manifiesta en la situación extrema de bajo consumismo cultural y personal. Hecho nada extraño, si tenemos en cuenta que la familia actual ha suavizado la figura de autoridad paterna, orienta la socialización familiar hacia la formación de individuos independientes, y estimula cada vez más las necesidades de cada uno de sus miembros. Este perfil de la familia hace que sea aceptable una concepción psicologizada de la sociedad, junto con una necesidad de figuras de autoridad, siempre y cuando éstas sean flexibles y actúen a través del diálogo y la comunicación.

En definitiva y para resumir, comprobamos que el familismo afecta a la forma en que los individuos entienden la sociedad. Se puede decir que: a mayor familismo mayor necesidad de un marco normativo, dictado desde fuera del individuo, con figuras de autoridad, y que canalicen los deseos

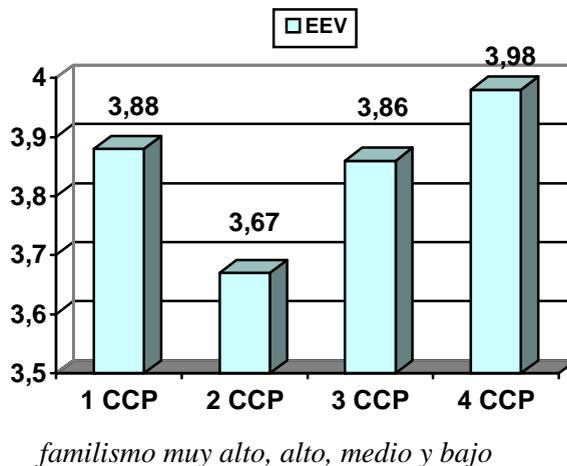
personales en el contexto de las exigencias colectivas. El familismo se contrapone pues a una sociedad donde existan muchas opciones donde elegir y ninguna autoridad que las determine.

Los *estilos espontáneos de vida*. El segundo componente de las creencias políticas es el denominado *estilos espontáneos de vida*. El análisis de varianza realizado entre los distintos grupos de CCP y sus respuestas a la variable EEV, presenta un perfil algo diferente al que encontramos en MEMA. En tabla 1 se puede ver el resultado del análisis de varianza: una F de 7.230, con una significación más allá del .00.

Las medias en EEV de cada uno de los grupos de consumismo cultural y personal se sitúan entre el 3,67 y el 3.89. Es decir, una aceptación menor de los estilos espontáneos de vida, si lo comparamos con las medias que presentaban en MEMA. El gráfico 2 presenta la media de los grupos bajo, medio, alto y muy alto CCP en *estilos espontáneos de vida*

El hecho llamativo es que el grupo 1CCP (el más bajo en consumismo o el más alto en familismo) presenta una puntuación media superior (3.88) a los grupos de medio y alto consumismo (3.67 y 3.86) respectivamente. Una posible explicación la podemos encontrar en el hecho de que el grupo 1CCP tiene una distribución muy específica; existen pocos jóvenes de 17 a 19 años que son los que más aceptan, en general, el pensamiento postmoderno y predominan las mujeres.

Gráfico 2
Medias en EEV, según los 4 niveles de familismo



El componente de estilos espontáneos de vida de las creencias sociales se refiere a la creencia en que lo natural, lo espontáneo siempre será mejor que lo normativo y formal, incide en la permisividad y tolerancia de estilos y formas de comportamiento. En términos de Toynbee (1946) es lo opuesto al autocontrol, es la importancia de *expresar* el interior sin las restricciones externas. Confiar en que lo natural es más real que lo aprendido. La mujer ha sido la que se ha socializado en este tipo de espontaneidad, vitalismo y naturalidad. Por eso, el bajo consumismo puede estar impregnado de este patrón de socialización predominante en el grupo. Serán necesarias nuevas investigaciones para comprobar lo acertado de esta explicación.

A pesar de esta distribución de medias, que nos pareció necesario explicar, lo cierto es que el análisis de Rangos de Duncan nos reveló que entre los tres grupos mencionados no existe una diferencia estadística significativa, como tampoco existe entre los grupos 1CCP, 3CCP y 4CCP.

Nos encontramos con dos agrupaciones que entre ellos si muestran diferencias en el EEV. Una primera agrupación son los de bajo, medio y muy alto consumismo cultural y personal, y la segunda agrupación está formada por los de bajo, alto y muy alto consumo cultural y personal: la diferencia se sitúa entre los de medio y muy alto consumo (es decir niveles de familismo).

EEV

Duncan

grupos c4	N	Subconjunto para alpha = .05	
		1	2
2	236	3,67867	
3	267	3,86954	3,86954
1	10	3,88333	3,88333
4	37		3,98649
Sig.		,162	,428

Una puntuación muy alta en consumismo cultural y personal apoya una organización social en la que las personas puedan expresarse con naturalidad y espontaneidad, donde no se le impongan obligaciones ni formalismos de ningún tipo. Lo normativo y lo formal es sustituido por la pluralidad de estilos, conviviendo todos de forma armoniosa, sin conflictos y sin jerarquías de valor entre ellos. Es lógico que este vitalismo un tanto anómico concuerde con puntuaciones bajas en familismo (altas en consumismo), puesto que éste último necesita romper las barreras de los patrones formales

para poder establecer contactos, relaciones y consumir todas las culturas existentes. Si existe un filtro (un estilo formal y típico) que dicta lo que es correcto y lo que no lo es, entonces es poco viable poder establecer relaciones con aquellos que no cumplen las condiciones del filtro. Por eso un alto familismo supone rechazo a los estilos espontáneos de vida.

La vida familiar requiere de un estilo de comportamiento y de forma de expresión, así como unas mínimas obligaciones, establecidos por el grupo (no por los miembros aislados) para poder mantener el sentimiento de grupo y sus encuentros cotidianos, que son los que alimentan su identidad.

En definitiva, en función del análisis de varianza y según el patrón que nos proporciona la prueba de Duncan, habría que decir que una fuerte orientación familiar lleva a las personas a pensar que la vida social exige un autocontrol, marcado por un estilo formal, regulado y compartido, tanto en las formas de actuar y expresarse como en las obligaciones.

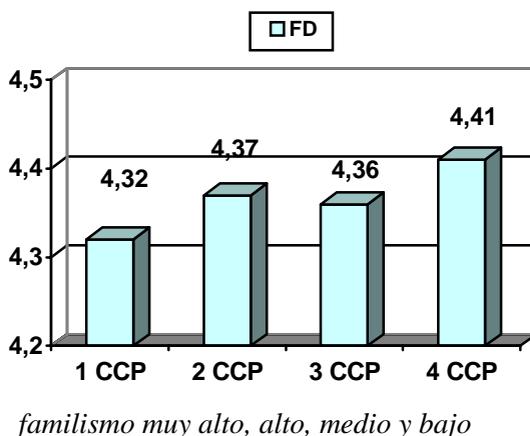
El tercer componente de la dimensión política del sistema de creencias es el denominado *formalismo democrático*. Es uno de los componentes del sistema de creencias postmodernas donde parece que la orientación familiar no juega un papel diferencial. El análisis de varianza produjo una F de .137 con un nivel de significación .938 (ver Tabla 1 ANOVA). La prueba de Duncan se presenta a continuación.

FD

Duncan		
grupos c4	N	Subconjunto para alpha = .05
		1
1	10	4,32500
3	267	4,36798
2	236	4,37712
4	37	4,41892
Sig.		,533

El análisis de las medias en *formalismo democrático* de los cuatro grupos de consumismo cultural y personal revela la plena aceptación de estas actitudes políticas. Como se ve en la representación gráfica 3, las puntuaciones medias en formalismo democrático de los cuatro grupos de consumismo se sitúan entre 4.32 y 4.41. Teniendo en cuenta que la escala está entre 1 y 5, se deduce que existe una aceptación generalizada del formalismo democrático, que conduce a que existan pocas diferencias entre los que adoptan una orientación familiar (ICCP tiene una media de 4.32) y los que se alejan de la orientación familiar (media de 4.41 del 4CCP).

Gráfico 3
Medias en FD, según los 4 niveles de familismo



El formalismo democrático es un subconjunto de creencias relacionadas específicamente con la vida política, que expresan la aceptación generalizada de la democracia como sistema político. El juego pacífico por el poder, la renuncia a la violencia y la fuerza y la participación formal del ciudadano en la vida política son elementos ampliamente generalizados y compartidos por las personas. Esta cultura política, como veremos, ha invadido otras esferas de la vida social y las organizaciones sociales. Incluso las familias más tradicionales, se han visto impregnadas de este estilo político. La distensión de las normas y autoridad familiar, el acercamiento de padres e hijos, el principio de la comunicación y el diálogo frente a la disciplina y obediencia son fenómenos concomitantes a esta aceptación generalizada de la democracia. Fenómeno ya detectado por Alexis de Tocqueville, cuando analiza el impacto que la libertad política tiene en las costumbres y los sentimientos (Tocqueville, 1935).

Podríamos decir que en la familia actual, bien mantenga formas tradicionales o bien se corresponda con los estilos familiares más postmodernos, se mueve en una concepción igualitaria de las relaciones familiares y sociales. Las figuras paternas no ejercen ya una autoridad sin diálogo y comunicación, ni tampoco conservan la distancia afectiva en su contacto emocional con los hijos, del mismo modo que inculcan en ellos la importancia de la responsabilidad individual, la autonomía y la independencia. Este hecho

nos ayuda a entender que las puntuaciones altas o bajas en familismo no se reflejen en la aceptación de los principios democráticos. Digamos que estos forman parte y son una característica de la familia actual, de la misma manera que en el individuo se han convertido en una especie de segunda naturaleza (Seoane y Garzón, 1996b). Este hecho concuerda con la interpretación que Gundelach y Riis (1994) hacen del nuevo familismo.

Como los cuatro niveles de consumismo cultural no nos proporcionan diferencias significativas en el formalismo democrático, adoptamos una estrategia más radical. Clasificamos la muestra total en dos nuevos grupos extremos –los más bajos y los más altos de consumismo cultural y personal–, para ver si encontramos diferencias en su concepción de la política. En esta nueva configuración de la muestra quedaron excluidos aquellos sujetos que puntuaron en CCP entre 2.5 y 3.5. Es decir, el grupo de alto consumismo estuvo formado por los que puntuaron entre 3.6 y 5 (99 sujetos), y los de bajo consumismo los que puntuaron entre 1 y 2.5 (122 sujetos). El total de la muestra es en este caso de 221 sujetos.

El análisis de la diferencia de medias (prueba t) tampoco obtuvo diferencias significativas en esta nueva agrupación de la variable de consumo cultural y personal, tal como se ve en las tablas correspondientes.

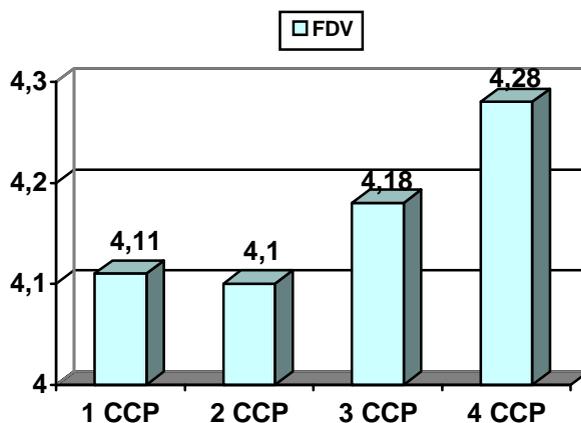
La puntuación media de ambos grupos de consumismo nos señala la escasa diferencia de estos dos nuevos grupos, puesto que se sitúan en 4.448 y 4.449 respectivamente. La t correspondiente fue -.011 (significación de .992). Es decir, que una fuerte orientación familiar, representada por el grupo de bajo consumo cultural y personal, no impide que las personas piensen que el formalismo democrático sea el estilo político más correcto, exactamente lo mismo que piensa aquellos que, sin embargo, no están dirigidos por el grupo familiar.

Acabamos este apartado dedicado al análisis del impacto de la familia en la forma de concebir la organización social, analizando la dimensión central que aglutina a los tres componentes básicos y que denominamos *formas democráticas de vida* (FDV). Es el conjunto actitudinal que engloba estos tres componentes de las creencias sociales relacionadas con la forma postmoderna de entender la organización social. El análisis de varianza realizado mostró diferencias significativas en esta dimensión, en función del nivel de familismo. En la tabla 1 del ANOVA se muestran los resultados (una F de 3,820, con una significación de .010, ver tabla 1).

Las medias correspondientes a los cuatro grupos de consumismo cultural personal y cultural, ya nos indican que de nuevo nos encontramos con un perfil similar al encontrado en los anteriores componentes de creencias.

Cuanto más familismo existe, menor es la aceptación de la concepción postmoderna de la organización social. El grupo de mayor consumismo (es decir, bajo familismo) es el que obtiene la media más alta de los cuatro grupos en *formas democráticas de vida* (media de 4,18).

Gráfico 4
Medias de FDV, en función de 4 niveles de Familismo



familismo muy alto, alto, medio y bajo

Las *formas democráticas de vida* representan el modo en que actualmente se entiende la organización social en conjunto. Se refiere a lo que queremos socialmente. Nuestra voluntad social se perfila paulatinamente como un estilo de vida, como una forma de vivir, de carácter esencialmente democrático. Es la concepción abierta, dialogante y flexible de la sociedad, donde el individuo lo es todo y la organización social el contexto donde puede expresarse y cumplir sus objetivos (Seoane y Garzón, 1996a). Una sociedad donde se diluyen las figuras de autoridad, los formalismos institucionales y los modelos típicos de comportamiento. Frente a una concepción racional, se pone el acento en una concepción natural, personalizada y guiada por principios no de autoridad. Como señala Lipovetsky (1983), es la valoración de la *res pública* a partir del individuo, donde éste se convierte en el centro de la primera. Dos características pueden resumir esta concepción de lo social: la desaparición del principio de autoridad (nadie puede ya influir en el otro) y el rechazo a las formas institucionales que restringen la expresión del individuo (las organizaciones sociales deben superar los

límites de sus ritualismos y liturgias, que coartan la expresión natural del individuo).

El análisis de Duncan (ver tabla de Duncan para FDV) muestra que solamente entre medio consumismo (grupo 2 de CCP) y muy alto consumismo (grupo 4 CCP) se producen diferencias estadísticas significativas. Sus medias en las formas democráticas de vida son de 4.10 y 4.28 respectivamente. En esta dimensión sólo el nivel 2 y 4 de familismo muestran diferencias.

Es necesario comentar dos hechos. El primero es que la diferencia significativa se sitúa dentro de una aceptación alta de esta forma de concebir la organización social. Estamos hablando de medias entre 4.10 y 4.28 de FDV. Situación nada extraña, teniendo en cuenta las formas actuales que adopta la familia postmoderna, su mayor permisividad y su individualización.

FDV

Duncan			
grupos c4	N	Subconjunto para alpha = .05*	
		1	2
2	236	4,10705	
1	10	4,11944	4,11944
3	267	4,18732	4,18732
4	37		4,28266
Sig.		,414	,093

El segundo hecho se refiere a que de nuevo encontramos que el grupo 1CCP es superior al 2CCP. Es el mismo perfil que obtuvimos en estilos espontáneos de vida, y de nuevo debemos acudir a la interpretación dada entonces, aunque será necesario profundizar en este perfil con nuevas muestras e investigaciones.

Sin embargo, hechas esas matizaciones, el análisis de Duncan realizado manifiesta que de nuevo comprobamos nuestra hipótesis: aquellos que están orientados familiarmente, aceptan menos una concepción social abierta, diversificada, sin modelos de autoridad y de comportamiento. Este hecho no es de extrañar, si tenemos en cuenta que la familia es o, al menos, tradicionalmente ha sido un modelo jerárquico y vertical de convivencia, en el que la vida individual está marcada por la posición en dicha estructura jerarquizada. La vida familiar supone una limitación a las necesidades y deseos de un individualismo exacerbado que invade las formas democráticas de vida.

A modo de conclusión

La influencia del familismo en la visión postmoderna de la organización social, parece confirmar la tesis de que una fuerte orientación familiar es un freno a la adopción de los hábitos sociales predominantes en las sociedades de final de siglo. Sin embargo, es necesario matizar esta afirmación.

El primer hecho que es necesario destacar es la ausencia de diferencias entre los subgrupos de familismo en cuanto a la aceptación del formalismo democrático. Al margen de su mayor o menor orientación familiar, la muestra que hemos utilizado pone de manifiesto que los hábitos formales democráticos forman parte integrante de la visión del mundo político. Sin embargo, lo llamativo de este dato es que la vida familiar no parece ser un freno para el desarrollo de estas actitudes políticas. De confirmar este dato en nuevas investigaciones, habría que empezar a pensar que la institución familiar ha superado las críticas que recibió desde los años treinta, por fomentar entre sus miembros actitudes antidemocráticas, al menos en lo referente al formalismo del juego democrático.

Sin embargo, la influencia de la orientación familiar sigue la misma tendencia en los cuatro componentes de la dimensión política, a saber, cuanto mayor es el familismo, más dificultades parecen tener las personas para aceptar el pensamiento sociopolítico postmoderno. Otra cuestión distinta es valorar el grado de familismo necesario para que esa tendencia se manifieste de forma abierta y clara. Nuestra investigación parece apuntar hacia la necesidad de un nivel alto de familismo.

En la medida que estamos asistiendo a un proceso de individualización de la familia, que algunos autores han empezado a denominar familia postnuclear (Popenoe, 1994), es de suponer que esa leve influencia del familismo en la concepción política irá desapareciendo, siempre y cuando el proceso de individualización de la familia siga la dirección actual. Claro que este patrón de influencia no podrá producirse de forma aislada, es decir, es de suponer que dependerá de la dirección que adopte el familismo en otros ámbitos del sistema de creencias postmodernas. Será necesario, por tanto, investigar la influencia que este familismo está teniendo actualmente en la forma de concebir la historia, el conocimiento (dimensión cultural de cualquier sistema de creencias), así como la influencia que tiene en la concepción de las relaciones sociales (dimensión social de dicho sistema de creencias).

En definitiva, la valoración de la influencia del familismo en lo político y su relevancia para el desarrollo de los hábitos sociales necesarios en las sociedades abiertas y globales del final de siglo, depende de su comporta-

miento en otros aspectos del sistema de creencias. Es evidente que las formas políticas son el aspecto más superficial y fácil de influir por las modas. Por tanto, sólo si esta influencia de la orientación familiar en lo político se repite en esferas más básicas (la concepción cultural y social), entonces cabrá plantear que la institución familiar ha dejado de ser un freno para el desarrollo de actitudes que faciliten el proceso de globalización en el que estamos inmersos.

La necesidad de reestructurar la vida familiar como elemento incompleto del proyecto de la Ilustración (Ariés, 1960 Ariés y Dubby, 1987), está desencadenado al menos dos posturas de intervención política que no dejan de tener sus riesgos e intereses de grupo. Por un lado, la intervención futurista, o huida hacia delante, estableciendo nuevas formas y estilos familiares.

Pero, por otro lado, estos cambios en la familia están provocando, al mismo tiempo, la reacción inversa de grupos que en función de un sistema ideológico de valores (bien políticos o bien religiosos, pero en ambos casos conservadores) desarrollan arcaísmos, programas de intervención que persiguen el restablecimiento de los valores familiares tradicionales (Gittins, 1985; Stacey, 1997; Staggenborg, 1998). Una gran parte de las investigaciones de la sociología y de lo que algunos llaman interesadamente "psicología social de la familia" son ejemplos muy ilustrativos de esta reacción arcaica ante las nuevas formas comunitarias, que están poniendo marcha generaciones más jóvenes, supervivientes de la familia nuclear, feministas radicales y movimiento gay. Los expertos en familia deberían reconocer explícitamente esa dimensión política de sus actuaciones académicas. Como señala Stacey en 1997, las campañas en *nombre de la familia*, incluidas las académicas, esconden algunas "ideologías conservadoras que tratan de preservar los valores tradicionales en unas sociedades postmodernas" (Stacey, 1997).

Ante ambas posturas, cabe adoptar un programa de intervención más pausado, menos emocional y menos cargado de esquemas ideológicos externos a los protagonistas de la vida familiar. Programas que empiecen por reconocer la necesidad de separar la investigación científica de los principios de un reformismo social cristiano, al igual que hizo Albion Small (1905) cuando, en los comienzos de este siglo, quiso proporcionar a la sociología un status de conocimiento científico. Reconoció que, al margen de los valores cristianos, "una relación demasiado estrecha entre sociología y reforma social debilitaría la credibilidad académica de la nueva disciplina", y señaló que "La Sociología hizo su entrada en la competición universitaria sin ningún programa o contenido intelectual o científico, de una forma ab-

solutamente oportunista, para contentar las exigencias de estudiantes, reformadores, filántropos y trabajadores sociales ..." (pág. 2). Algo parecido está ocurriendo ahora en la "psicología social de la familia", pero habiendo transcurrido ya un siglo desde las advertencias de Small.

Sólo después de ese reconocimiento, será posible plantear programas de intervención, si es que deben hacerse, que acepten la realidad construida de las familias. Unas familias que voluntariamente se están alejando tanto de los valores tradicionales en que se movió la institución, como de las características que la definieron como grupo primario. Frente a la familia tradicional y nuclear, asistimos a una familia *etérea* (Gergen, 1991; Garzón, 1998), que se mueve cada vez menos en el ámbito del contacto directo y diario, y parece preferir encuentros rápidos, superficiales y asistemáticos (Allan, 1985; Gittins, 1985). Además una realidad familiar que cada vez dispone de menos recursos para la solidaridad y socialización de sus miembros, y reivindica la intervención de las políticas sociales del estado del bienestar para liberarse de las obligaciones tradicionales de grupo. La aceptación de esta construcción social de la realidad familiar aboga por la investigación prudente en el desarrollo de programas de intervención, incluso en aquellos que se *amparan en la retórica moral* de la necesidad de proteger a las víctimas de la violencia doméstica.

Referencias

- Adorno, T.W. et al. (1950): *The Authoritarian Personality*. New York: Harper and Row
- Almond, G.A.-Verba, S. (1963): *The civic culture*. Londres: Sage.
- Almond, G.A.-Verba, S. (1980): *The civic culture revisited*. Londres: Sage
- Allan, G. (1985) *Family Life. Domestic Roles and Social Organization*. Basil Blackwell, ed. 1995.
- Ariés, P. (1960): *L'enfant et la vie familiale sous L'Ancien Régime*. París: Plou.
- Ariés, P.-Dubby, G. (Ed.) (1987): *Histoire de la vie privée*. París: Ed. Du Seuil (cast, Taurus, 1989).
- Banfield, E. (1958): *The moral basis of a backward society*. Chicago.: Free Press
- Barrios, E.S. (1995): Creencias sociales y autoritarismo en jóvenes de Institutos Superiores del Cono Norte de Lima. Tesis de licenciatura. Lima, Perú.
- Beeghly, L. (1996): *What does your wife do?*. Gender and the transformation of Family Life. Oxford: Westview.
- Burgess, E.W. (1926): The family as a unit of interacting personalities. *The Family*, 7.
- Cooper, D. (1971): *The death of the family*. Hardmondsworth: Penguin. Ed. cat, 1991, Paidós)
- D'Adamo, O.J.-García Beaudoux, V. (1995): Creencias Sociales Contemporáneas y sistema democrático. *Psicología Política*, 12, 35-45.
- Eysenck, H.J. (1954): *The Psychology of Politics*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

- Featherstone, M. (1991): *Consumer Culture and Postmodernism*. Londres: Sage
- Flaquer, I. L. (1998): *El destino de la familia*. Madrid: Ariel
- Fromm, E. (1939): *Escape from Freedom*. Boston: Houghton Mifflin, ed. 1941.
- Garzón, A.-Seoane, J. (1991): Estructura del espacio de creencias. *Boletín de Psicología*, 32, 73-91.
- Garzón, A. (1998): El familismo y su repercusión social. *Proyecto de investigación*. Universidad de Valencia
- Gergen, K. J. (1991): *The Saturated Self. Dilemmas of Identity in Contemporary Life*. New York: Basic Books (ed. cast. Paidós, 1992).
- Gittins, D. (1985): *The Family in Question. Changing Households and Familiar Ideologies*. Londres: Macmillan Educ.
- Gundelach, P.-Riis, O. (1994): ¿El retorno al familismo?. En J. Díez Nicolás y R. Inglehart (eds.): *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid: Fundesco
- Inglehart, R. (1977): *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*. New Jersey: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1990): *Cultural shift in advanced industrial society*. Princeton: Princeton University Press (cast. en Siglo XXI, CIS, 1991a).
- Inglehart, R. (1991): Trust between Nations: primordial ties, societal learning and economic development. En K. Reif y R. Inglehart (eds), *Eurobarometer. The Dynamics of European Public Opinion*. Londres: Macmillan.
- Inglehart, R. (1998): *Values and Beliefs. Political, Religious, Sexual and Economic Norms in 43 Societies: Findings from the 1990-1993 World Values*. University of Michigan.
- Lewin, K. (1947): *Resolving social conflicts: Selected papers on group dynamics*. Nueva York: Harper
- Lipovetsky, G. (1983): *L'ère du vide. Essai sur l'individualisme contemporain*, París: Gallimard.
- López-Pintor, R.-Wert Ortega, J. I. (1982): La otra España: insolidaridad e intolerancia en la tradición político-cultural española. *Investigaciones Sociológicas*, 19, 292-307.
- Pizzorno, A. (1966): Amoral familism and historical marginality. *International Review of Community Development*, 15
- Popenoe, D. (1988): *Disturbing the Nest: Family change and Decline in Modern Societies*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Popenoe, D. (1994): The family condition of America. Cultural change and public policy. En H. J. Aaron, T. E. Mann y T. Tylor (eds.): *Values and Public Policy*. Washington: The Brookings Institution
- Reich, W. (1931): *The mass psychology of fascism*. Nueva York: Pocket Books, ed. 1976
- Riesman, D. (1950): *The Lonely Crowd. A Study of the Changing American Character*. Yale University Press. (ed. cast. Paidós, 1981).
- Small, W. W. (1905): *General Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Seoane, J.-Garzón, A. (1992): Creencias sociales contemporáneas. Autoritarismo y humanismo. *Psicología Política*, 5, 27-52

- Seoane, J.-Garzón, A. (1996a): El Marco de Investigación del Sistema de Creencias Postmodernas. *Psicología Política*, 13, 1996, 81-98
- Seoane, J.-Garzón, A. (1996b): Las Formas Democráticas de Vida. *Boletín de Psicología*, 52, 115-127.
- Stacey, J. (1997): *In the Name of the Family : Rethinking Family Values in a Postmodern Age*. Boston: Beacon Press.
- Staggenborg, S. (1998): *Gender, Family and Social Movements*. Londres. Pine Gorge Press.
- Stanton, G.T. (1997): *Why Marriage matters. Reasons to believe in marriage in post-modern society*. Colorado: Piñon Press.
- Stone, W.F.-Garzón, A. (1992): Personalidad e Ideología. La Escala de Polaridad. *Psicología Política*, 4, 65-84.
- Stone, W.F.-Yelland, L. (1994): Creencias Sociales Contemporáneas. Un estudio comparativo de estudiantes de Orono y Valencia. *Psicología Política*, 9, 75-91.
- Thomkins, S.S. (1963): Left and right. A basic dimension of ideology and personality. En R. White (ed.): *The study of lives*. Nueva York: Atherton;
- Thurstone, L.L. (1934): The Vectors of Mind. *Psychological review*, 41, 1-32.
- Tocqueville, A. (1835-49): *De la démocratie en Amérique*. 2 vols. (ed. Cast. Madrid: Sarpe, 1984, 2 vols).
- Toynbee, A. (1946): *Estudio de la Historia* (3 vols.). Madrid: Alianza editorial, 1981.
- Verba, S. (1980): On revisiting the civic culture. A personal postscript. En G.A. Almond y S. Verba (Eds.): *The civic culture*. Londres: Sage.

Adela Garzón es Titular de Psicología Social en la Universidad de Valencia. Sus principales líneas de investigación se sitúan en el marco de la psicología social, la psicología política y el estudio de las creencias sociales postmodernas.
Facultad de Psicología. Blasco Ibáñez 21, 46010-Valencia.